



MARTÍNEZ CARRASCO, Carlos, Manuel Marcos Aldón, Juan Pedro Monferrer-Sala, Israel Muñoz Gallarte, Noemí Rubio Palazuelo, Lourdes Bonhome Pulido y Damaris Romero González, *San Miguel de los Fresnos. Una basílica visigoda en proceso de extinción* (Fregenal de la Sierra, Badajoz), Madrid: Editorial Sindéresis, 2025, 200 pp.; ilustr. color. ISBN: 979-13-87929-46-6.

San Miguel de los Fresnos es una monografía de defensa patrimonial que desborda el marco de la simple descripción de unas ruinas. Su objeto inmediato es la actual ermita de San Miguel, situada en el término de Fregenal de la Sierra. La obra se sitúa deliberadamente en una zona intermedia entre el ensayo histórico y patrimonial. Su objeto no es solo la iglesia, sino el conjunto monacal que pudo articularse a su alrededor. El libro asume que San Miguel de los Fresnos no puede entenderse aislado: su sentido depende de Nertobriga, de las rutas que comunicaban el Andévalo, la Beturia, Emerita Augusta y los centros secundarios de la región, de las explotaciones mineras y agropecuarias, de las tensiones entre sedes episcopales y de la evolución del monacato hispánico entre los siglos VI y VIII. Por ello, la reseña debe valorar positivamente la ambición de la obra: no reduce el monumento a una pieza de catálogo, sino que lo convierte en un cruce de problemas historiográficos. Así pues, San Miguel de los Fresnos habría sido un enclave monástico rural de época visigoda, situado en un territorio de paso entre la Bética y la Lusitania, dotado de una iglesia de notable complejidad arquitectónica y posteriormente reutilizado, reconstruido o resemantizado en época medieval y moderna. La cautela es constante: los autores emplean fórmulas como “probablemente”, “podemos aventurar”, “si nuestra hipótesis es cierta” o “a falta de una intervención arqueológica”, no como debilidad retórica, sino como marca de honestidad metodológica. La obra sabe que su objeto se encuentra en una fase de conocimiento provisional, y precisamente por ello construye un aparato interpretativo amplio que permite justificar la necesidad de intervención científica.

El prólogo merece atención propia porque no funciona como un simple umbral retórico. Es, en realidad, una microhistoria de la investigación: narra la visita inicial al lugar, el descubrimiento de la fragilidad extrema del conjunto, el papel de vecinos, propietarios y mediadores locales, la combinación de trabajo de campo, archivo y comparación monumental, y la conciencia de que la obra nace de una mezcla de alarma y fascinación (pp. 9-15).

La primera sección introductoria sitúa los siglos VI y VII como un periodo decisivo para la evolución del cristianismo hispánico. El libro recorre la coexistencia entre visigodos arrianos y población hispanorromana mayoritariamente católica, la política de Leovigildo, la conversión de Recaredo y el papel institucional de los concilios toledanos en la configuración de una ortodoxia católica vinculada al poder regio (pp. 17-24). San Miguel de los Fresnos se interpreta como parte de un mundo en el que la arquitectura religiosa no puede separarse de la reorganización del poder, la disciplina eclesiástica, la expansión monástica y la cristianización de los espacios rurales. El tratamiento de la cultura escrita es particularmente sólido. El libro no reproduce la imagen simplista de una Hispania visigoda culturalmente empobrecida; por el contrario, insiste en la

función de escuelas episcopales y monásticas, bibliotecas, *scriptoria* y redes de circulación de códices. La atención a Martín de Braga, Leandro, Isidoro, Ildefonso y Fructuoso permite presentar el monacato como un agente de transmisión de saber, no solo como institución ascética (pp. 27-47).

Este bloque es importante para comprender la posterior interpretación de la inscripción del abad Honorio. Cuando los autores proponen que la cita jeronimiana grabada en su epitafio presupone la presencia de libros -quizá una pequeña librería o, al menos un núcleo textual necesario para la liturgia y la memoria comunitaria-, no improvisan una conclusión aislada (pp. 149-150). Ha sido preparada mediante una larga exposición sobre el mundo monástico como espacio de lectura y custodia textual. Esta coherencia interna debe valorarse muy positivamente: el libro no usa el contexto como mera erudición, sino como condición de posibilidad para sus inferencias.

La sección dedicada al monacato es una de las más ambiciosas del volumen. Los autores reconstruyen el fenómeno monástico hispánico como institución espiritual, social, económica y política (pp. 47-77). Se examinan la influencia de modelos orientales, africanos, galos e italianos; las reglas de Isidoro, Fructuoso, Leandro y la *Regula communis*; la relación entre monasterios y propiedad agraria; la figura del abad como gestor, juez y dominus; la dependencia de *servi*, *mancipia*, *coloni* y libertos; la oblación de niños; el papel de los monasterios como focos de alfabetización, hospitalidad, asistencia y control territorial. La aportación más sugerente de esta sección es la idea de que el monasterio visigodo puede entenderse simultáneamente como heredero de la *villa* romana y precursor del señorío altomedieval. La observación es especialmente productiva para San Miguel: si el complejo se situaba en una finca articulada por agua, terrazas, vías y dependencias auxiliares, la iglesia no sería solo un edificio de culto, sino el centro simbólico de una unidad económica y social. Esta lectura permite interpretar el yacimiento como una forma de territorialización cristiana: allí donde antes dominaban estructuras cívicas, villas o redes fiscales, el monasterio introduce una nueva gramática de obediencia, memoria litúrgica y explotación de recursos.

Asimismo, también resulta valiosa la atención al monacato urbano. El libro matiza el viejo tópico que opone ciudad y monasterio, mostrando la importancia de basílicas martiriales y cenobios urbanos o suburbanos en Mérida, Toledo, Zaragoza, Barcelona, Valencia o Tarragona (pp. 67-77). Este excursus es relevante para San Miguel porque evita una interpretación ruralista ingenua. Un monasterio rural no es necesariamente un enclave aislado. Puede depender de modelos urbanos, de sedes episcopales, de rutas de peregrinación, de elites aristocráticas y de bibliotecas vinculadas a centros mayores. La relación entre San Miguel y Emerita Augusta se vuelve así más plausible y más rica.

La introducción culmina con el análisis de los asentamientos monásticos en torno al actual Fregenal de la Sierra (pp. 77-82). Aquí la obra conecta San Miguel con Nertobriga Concordia Iulia, municipio romano cuya continuidad de ocupación y centralidad comarcal permiten explicar la densidad del paisaje tardoantiguo. La posible deformación árabe Nabrah, la posición de Nertobriga

entre Bética y Lusitania, los hallazgos epigráficos e iconográficos cristianos, las inscripciones con términos como *servus*, *famulus Dei* o *monachus* y la presencia de materiales litúrgicos ofrecen un marco regional donde la existencia de comunidades monásticas no resulta excepcional, sino esperable. El acierto historiográfico está en desplazar el foco de la monumentalidad urbana a la conectividad territorial. Nertobriga no interesa solo por lo que fue en época romana, sino por lo que su memoria viaria, económica y cívica permitió en la Antigüedad tardía. La obra plantea que San Miguel pudo representar en clave religiosa algo análogo a lo que Nertobriga había representado en clave cívica: un punto de captación, ordenación y redistribución de flujos (pp. 97-99). Esta formulación es especialmente fecunda, porque invita a estudiar el cristianismo rural no como simple sustitución de cultos, sino como reordenación funcional del espacio. La relación con el entorno no se plantea, por tanto, de manera localista. La comarca de Fregenal aparece como un laboratorio de frontera: frontera entre conventus, entre diócesis, entre redes viarias, entre formas de propiedad, entre romanidad residual y nuevas configuraciones altomedievales. En esta lectura, San Miguel no es una rareza marginal, sino un observatorio privilegiado para entender cómo la Iglesia y el monacato participaron en la transformación de los territorios periféricos del *regnum Gothorum*.

El capítulo sobre localización y entorno sitúa la ermita a unos seis km en línea recta al noreste del casco urbano de Fregenal, en el extremo suroccidental de Badajoz, en el cuadrante noroeste de Sierra Morena, a unos 572 mts de altitud y cerca del arroyo de San Miguel (pp. 83-85). La descripción no se limita a coordenadas. La obra integra hidrografía, clima, geología, paisaje de dehesa, corrientes de agua, arroyos, barrancos, precipitación, materiales precámbricos y cámbricos, rocas volcánicas, cuarcitas, pizarras, intrusiones ígneas y potencial minero (pp. 83-88). Esta atención al medio físico es esencial. La elección de San Miguel no puede explicarse solo por una razón devocional. Agua, pastos, encinar, terrazas, caminos, recursos minerales y proximidad a áreas de explotación agropecuaria configuran un emplazamiento racional. La presencia de una aguada en el conjunto monacal, destacada después en el capítulo quinto y en el aparato fotográfico, refuerza la hipótesis de un enclave capaz de abastecer viajeros, animales, campesinos y comunidad religiosa (pp. 154-156). La obra acierta al leer el agua no como dato pintoresco, sino como condición de asentamiento, economía y cristianización.

El capítulo económico, dedicado a la riqueza minera, agropecuaria y comercial, completa esta lectura (pp. 107-118). La tesis de fondo es que Nertobriga y su comarca no representan un colapso posromano, sino una transformación estructural. Persisten explotaciones mineras locales, agricultura, ganadería, comercio de proximidad y redes de intercambio adaptadas a una circulación monetaria reducida y al creciente control aristocrático y eclesiástico. San Miguel se inserta en ese mundo de rentas, excedentes, prestaciones y movilidad comarcal. La economía no es el trasfondo del monasterio: es una de sus condiciones de existencia.

El estudio de las vías de comunicación es uno de los capítulos más funcionales de la monografía (pp. 89-106). Los autores sostienen que la red de calzadas heredada de Roma mantuvo una funcionalidad básica bajo dominio visigodo, aunque con un mantenimiento decreciente. La relación entre Emerita Augusta, Contributa Iulia, Regina, Nertobriga, Curica, Perceiana, la vía XXIII desde la desembocadura del Guadiana a Mérida y la vía X desde Hispalis a Emerita permite entender el suroeste como una región articulada por caminos principales y ramales secundarios (pp. 91-98). La hipótesis clave es que San Miguel se situaba en un cruce de caminos y que sus materiales constructivos -sillares, mármoles, piezas decorativas, mobiliario- tuvieron que llegar por una red de circulación efectiva. La obra sugiere que el cenobio pudo funcionar como lugar de abastecimiento, punto de parada o mansio secundaria, favorecido por la presencia de agua y por su posición entre rutas procedentes del Andévalo, Contributa y Nertobriga (pp. 97-99). Esta lectura resulta convincente porque vincula la arquitectura con la logística: no hay basílica, decoración ni comunidad estable sin caminos, transporte, animales de carga, mantenimiento viario y capacidad de redistribución.

El capítulo cuarto, “Descripción y análisis del yacimiento”, constituye el núcleo arqueológico de la monografía (pp. 119-144). Su punto de partida es el estado de conservación: la iglesia fue incluida por Hispania Nostra en la Lista Roja de patrimonio en peligro el 25 de septiembre de 2020 por abandono, maleza y riesgo de derrumbe (p. 119). La obra recuerda que el yacimiento no ha sido estudiado sistemáticamente y que la prospección y excavación siguen pendientes. Hasta que eso suceda, el trabajo de Luis Berrocal Rangel y Rafael Caso Amador de 1991 y la síntesis de Pedro Mateos Cruz y Luis Caballero Zoreda de 2003 siguen siendo referencias fundamentales (pp. 119-120, 145).

La presentación de las fases constructivas está bien articulada. La fase moderna, de los siglos XVI-XVII, se vincula al altar del ábside central, con venera mayor y dos menores, y al espacio que albergaba la imagen de San Miguel (p. 120). La fase bajomedieval, entre los siglos XIII y XV, se reconoce en la puerta de arco ojival, los arcos interiores, la bóveda de cañón y contrafuertes; se relaciona con una posible restauración templaria, santiaguista o sevillana, y con la escultura de terracota policromada y dorada atribuida a Lorenzo Mercadante de Bretaña hacia 1460 (pp. 121-124). La fase más antigua, visigoda o tardoantigua, se identifica en el núcleo de sillería granítica del ábside, el arco toral, la bóveda y los restos que apuntan a una cabecera compleja (pp. 128-136).

El análisis arquitectónico es especialmente sugerente. La obra presta atención al arco toral, a la cubierta abovedada, a las 19 dovelas de granito, a la ausencia de clave y la posible reutilización de materiales, a los paralelos con Santa María de Melque, Santa Lucía del Trampal y Santa Eulalia de Mérida, y a la posibilidad de una cabecera triple con ábsides laterales hoy perdidos (pp. 132-138). La hipótesis de una planta centralizada en cruz inscrita, con ábside tripartito, transepto y nave organizada por arcadas, se formula con prudencia, pero tiene gran potencia interpretativa (p. 138). El libro sabe que no puede demostrarlo todo; sin embargo, ofrece una propuesta suficientemente articulada para orientar futuros estudios. La

comparación con Melque es uno de los momentos metodológicamente más interesantes. Los autores evitan una lectura simplista: recuerdan que técnicas o formas semejantes no implican necesariamente influencia directa y que muchos modelos bizantinos, norteafricanos, sirio-palestinos y visigodos comparten una matriz romana capaz de adaptarse a condiciones locales (p. 133). Esta cautela es muy pertinente. Al mismo tiempo, la obra propone de manera audaz que, por razones cronológicas, San Miguel no habría imitado a Melque, sino que quizá la iglesia frexnense pudo anticipar soluciones que después se desarrollarían en el templo toledano (pp. 133-135). Es una hipótesis interesante, no definitiva, pero científicamente aceptable.

El aparato gráfico refuerza notablemente el capítulo. Las plantas y alzados del estado actual, la perspectiva 3D, la propuesta de reconstrucción y los alzados exteriores e interiores permiten visualizar el razonamiento arquitectónico (pp. 129-137). En una obra donde la restitución hipotética tiene un papel central, estos recursos no son ilustraciones accesorias: son argumentos visuales. Su inclusión coloca el libro en una línea de trabajo contemporánea, donde la arqueología de la arquitectura se beneficia de la documentación topográfica, el dibujo técnico y la reconstrucción virtual.

La reconstrucción decorativa se reconoce explícitamente como problemática (pp. 139-141). El libro considera que la ventana del ábside pudo estar cerrada por una celosía, interpreta la acanaladura interior como indicio funcional y reúne piezas dispersas atribuidas al entorno de San Miguel: un cimacio de mármol con decoración floral hallado en Santa Ana de Fregenal, un tenante de altar reutilizado como peldaño en Nuestra Señora de la Asunción de Segura de León y un capitel con hojas de acanto, doble cruz en círculo y fuste reutilizado como pila de agua bendita en Arroyomolinos de León (p. 140). Esta parte del libro es relevante porque muestra la movilidad secundaria de los objetos. Las piezas visigodas rara vez permanecen en su contexto original; viajan, se reutilizan, se encastran, se reinterpretan. La obra hace bien en no convertir esa dispersión en certeza excesiva, pero también acierta al tratarla como huella de una decoración probablemente rica. La sugerencia de que algunas piezas pudieron salir de talleres emeritenses y otras de canteros locales de menor pericia ofrece una imagen socialmente diferenciada de la producción artística (p. 141).

El capítulo quinto es, quizá, el más original desde el punto de vista microhistórico. Parte de una dificultad metodológica: las fuentes directas para la Antigüedad tardía rural son escasas, fragmentarias y a menudo indirectas; por ello, la historia de San Miguel debe reconstruirse mediante registro arqueológico, epigrafía, paralelos hagiográficos y razonamiento contextual (p. 145). En este marco, las dos inscripciones conocidas -ambas perdidas y transmitidas por eruditos modernos- se convierten en piezas clave. La primera inscripción recuerda a Exuperantius, *famulus Dei*, fallecido el 27 de mayo de 578, a los aproximadamente 78 años (pp. 146-148). La lectura que proponen los autores es ejemplar por su prudencia. *Famulus Dei* podría aludir a un monje, pero también a un laico devoto, benefactor o individuo enterrado en el entorno monástico.

La segunda inscripción, la del abad Honorio, es más rica culturalmente. Grabada, según Ambrosio de Morales, en una peña a la entrada de la iglesia, contenía una adaptación del epitafio jeronimiano de santa Paula: *respicis angustum precisa rupe sepulcrum...* (pp. 148-149). La conclusión de los autores es brillante: una comunidad capaz de adaptar un dístico jeronimiano para el túmulo de su abad tenía, como mínimo, acceso a ese texto; por tanto, San Miguel pudo contar con una pequeña librería, con libros litúrgicos, salterio, evangelio, regla y textos devocionales, y quizá un modesto *scriptorium* para necesidades internas (p. 150).

Tras la epigrafía, el libro formula una reconstrucción hipotética de la comunidad de San Miguel a partir de la frontera entre Itálica y Mérida, la problemática Hitación de Wamba, las tensiones episcopales del siglo VII y las influencias emeritenses detectables en fórmulas epigráficas y soluciones arquitectónicas (pp. 150-153). La obra subraya que, aunque el territorio pudiera depender formalmente del ámbito hispalense, la influencia de Emerita Augusta parece decisiva en lo cultural, litúrgico y arquitectónico (p. 152). La propuesta más audaz es vincular San Miguel con la historia del abad Nancto contenida en las *Vitas sanctorum patrum Emeritensium*. Nancto, de origen africano, llegado a Mérida en tiempos de Leovigildo, habría abandonado Santa Eulalia con un grupo de hermanos y se habría retirado a un lugar yermo, aunque no vacío, pues la hagiografía menciona campesinos entre los que se instalaron (pp. 153-154). Los autores sugieren que ese desplazamiento al sur de Mérida podría encajar con una política de cristianización del *pagus* en la que San Miguel sería un ejemplo material (p. 154). La hipótesis es interesante, aunque necesariamente provisional. Los autores la desarrollan con inteligencia al conectar a Eusebia, viuda acaudalada y piadosa, con la posible financiación inicial de la comunidad; la cesión de un *locus fisci* por Leovigildo; la transformación de campesinos arrendatarios o dependientes en sujetos sometidos a un nuevo *dominus* monástico; y el asesinato de Nancto como posible episodio de violencia antiseñorial o resistencia de una comunidad de aldea frente a una alteración de sus equilibrios (pp. 156-159). Es una lectura socialmente interesante de una fuente hagiográfica, que permite vincular santidad, fiscalidad, dependencia rural y conflicto.

El último tramo del capítulo quinto vuelve sobre las influencias mediterráneas. La bóveda de bloques de granito, los paralelos arquitectónicos y las inscripciones griegas de la provincia de Badajoz permiten abrir la posibilidad de contactos con comunidades orientales o norteafricanas (pp. 159-160). El libro recuerda la presencia de grupos griegos en Mérida, la existencia de inscripciones griegas en Medellín y fórmulas orientales vinculadas a ámbitos de movilidad mediterránea. La pregunta final -si San Miguel pudo ser un monasterio fundado por un norteafricano bajo los auspicios de una dama bizantina y construido por gentes de procedencia oriental- es sugestiva (p. 160). Tengamos presente que el suroeste peninsular no fue un margen inmóvil, sino un espacio conectado con rutas, poblaciones, lenguas y técnicas de escala mediterránea. Por otro lado, el propio libro advierte contra los excesos orientalistas (p. 133). No todo lo que parece oriental procede directamente de Oriente; muchas soluciones tienen matriz romana

común y circulan por adaptación local. Esta tensión entre apertura mediterránea y prudencia anti-difusionista es una de las mejores cualidades de la obra.

El volumen posee un aparato visual excepcionalmente rico. Las figuras incluyen manuscritos, códices, pintura histórica, piezas visigodas de Mérida, inscripciones, mapas, ortofotos, vistas de Nertobriga, calzadas, ganado, cerámica, olivar, exteriores e interiores de San Miguel, paralelos arquitectónicos, plantas, alzados y reconstrucciones virtuales. El apéndice de fotos satelitales recurre a Landsat, Sentinel, GeoEye-1 y Maxar, con imágenes de villas, yacimientos y ermitas comparables (pp. 161-176). El álbum fotográfico y el listado de créditos consolidan la dimensión documental del volumen (pp. 177-226).

La bibliografía, extensa y bien seleccionada, reúne fuentes clásicas y medievales, estudios sobre concilios, monacato, arquitectura tardoantigua, epigrafía, vías romanas, Nertobriga, economía visigoda y cristianización rural (pp. 227-238). Los índices finales son una herramienta especialmente útil: el índice de autores clásicos y medievales, el de autores modernos, el topográfico y el de materias convierten el libro en obra de consulta (pp. 239-249).

Nos encontramos, por lo tanto, ante un estudio de interés, cuya lectura aporta al lector un balance crítico del objeto anañizado. San Miguel de los Fresnos supone una intervención científica y cívica que abre un campo de trabajo para futuros investigadores en la siempre compleja historia que lleva de la Tardoantigüedad a la Edad Media.

FAIAD BARBASH
Universidad de Córdoba